

Irene Zúñiga

Peter Cook, durante la conferencia ofrecida en la Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad Europea de Madrid-CEES, el pasado 27 de marzo de 2001

PETER COOK

CLICK BEEP OOPS BLOB

Alfonso García del Rey y Miguel Barahona

Pasajes

Queríamos preguntarle en primer lugar cómo ha cambiado, o no, su visión acerca de algunos términos que nos parecen recurrentes a lo largo de su carrera, como por ejemplo conectividad.

Peter Cook

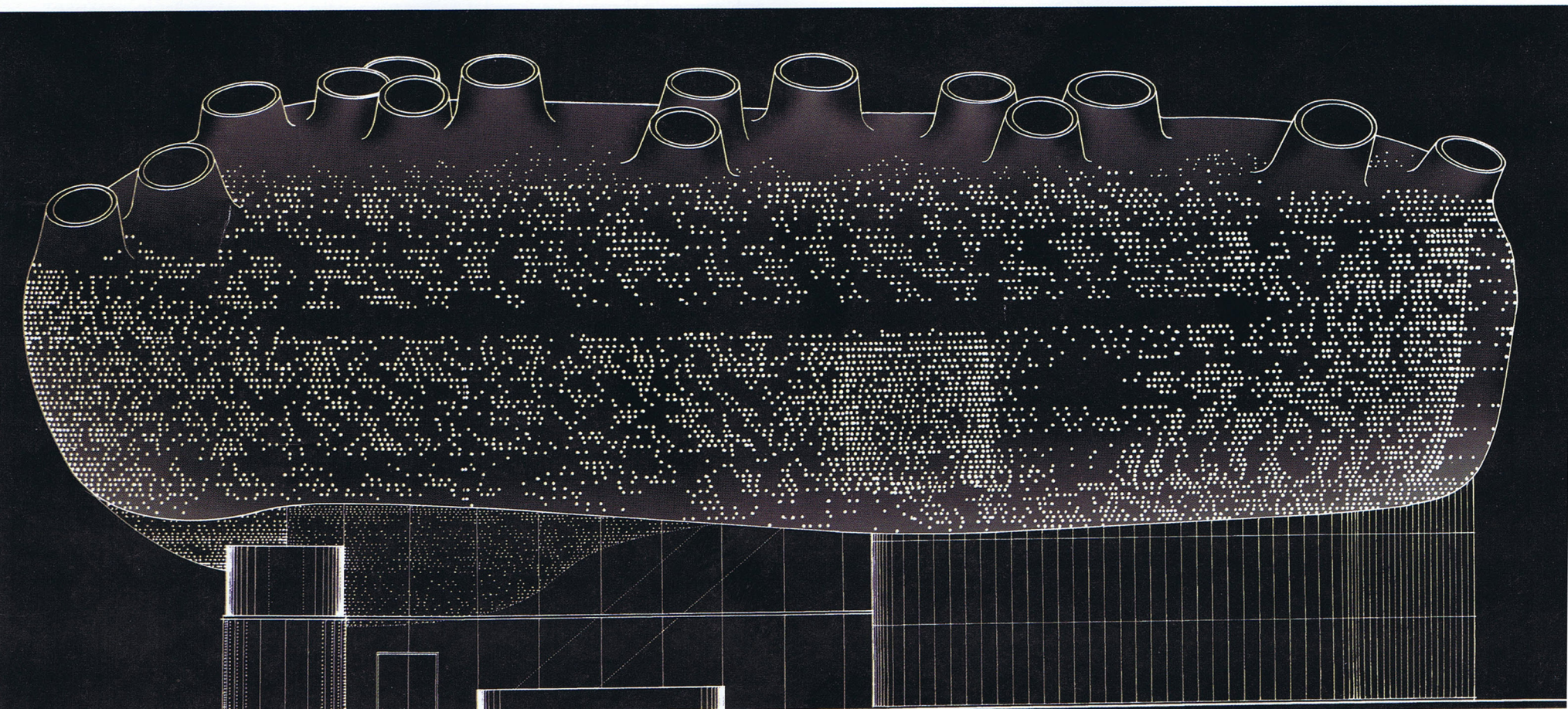
Es interesante cómo este término ha ido cambiando de significado. Desde hace treinta años hasta ahora el cambio ha sido enorme, ¿quién podía imaginarse entonces que los ordenadores fuesen tan rápidamente aceptados e integrados en todos los ámbitos? Lo intuíamos y lo deseábamos, pero una vez que ha sucedido, la realidad es diferente, y ha resultado ser algo muy diferente a lo que nosotros preveíamos. La conectividad se refiere ahora mucho más a la información. Hace un momento estábamos trabajando aquí en Madrid y en contacto permanente con Londres. Les decíamos: ¡envíame las imágenes! Y las imágenes ya están aquí. Y lo mismo pasa con los teléfonos móviles, que todos llevamos en el bolsillo, son un diseño digno de Archigram, pero ni siquiera nosotros pudimos adivinar que su desarrollo, que su aceptación llegase a este punto. De hecho, uno de los mayores retos a los que se enfrenta el arquitecto hoy, es que todos los objetos que maneja son objetos de diseño, y la arquitectura también. En cualquier caso, lo asombroso es que el término conectividad, con el tiempo, ha ido adquiriendo un nuevo significado; ha perdido ese componente mecánico que antes nos parecía tan interesante. Nosotros tratábamos de manejar la conectividad buscando la conexión entre los diferentes medios: conectar una casa a un coche, un coche a un monitor, una caravana al campo, un módulo a un mecanismo hinchable, una casa a un barco, un barco a cualquier otra cosa... pensábamos en términos maquínicos y físicos, y resulta que ahora ya estamos todos conectados y no nos hemos dado cuenta. Ha sido un fenómeno mucho más complejo de lo que imaginábamos.

Ya no existe significado en los objetos que la gente ve: una ventana, un avión,... cualquier cosa puede tener infinidad de formas que ya no están tan ligadas a su significado, porque por ejemplo se hacen aviones capaces de volar con formas muy diferentes. Cualquier objeto ha perdido la relación con su propia apariencia. Antes, una ventana era una venta-

na en cuanto que permitía regular la entrada de luz, la visión o el aire; era lo contrario del muro. En cambio ahora ya estamos acostumbrados a que todo el muro sea una envolvente que se convierte incluso en la cubierta, y que sin dejar de ser un único elemento tiene diferentes grados de transparencia, de permeabilidad... que lo especializan exclusivamente en función del uso que se quiera hacer de ellos, de la conexión que se establezca entre ese espacio y sus usuarios. Y esto es algo que ha sucedido con cualquier objeto de diseño, no sólo la arquitectura. Y el resultado es que... ¡los edificios pueden tener cualquier forma! Por eso resulta curioso que esta noción de conectividad haya provocado que los límites entre tipologías se desdibujen, y ahora no esté tan clara la diferencia entre casa y coche, coche y barco, barco y casa, etc. Es un fenómeno que nosotros jamás habríamos imaginado, este cambio de significados, al estar todo y todos conectados, ha tenido más repercusión de lo que parece.

P Otra cuestión que parece interesante y cuya influencia no ha hecho sino crecer con el tiempo es la noción de nomadismo, de movilidad... quizá la manifestación física del fenómeno de la conexión.

PC Resulta curioso observar cómo existe una tendencia generalizada hacia una mayor movilidad, mientras que, asombrosamente, todavía un gran porcentaje de la población quiere quedarse en la tierra en la que nace, vivir su vida cerca de donde crecieron, encontrar una pareja de la misma región, poseer una porción de tierra donde echar raíces. Pero como decía al principio, existe el fenómeno contrario, el de la gente predispuesta a una mayor movilidad, acostumbrados a cambiar de ciudad, cambiar de casa, cambiar de coche, cambiar de teléfono móvil, incluso cambiar de mujer... Esa inquietud, ese desasosiego, ese desarraigo al que nos estamos habituando es un fenómeno interesante que se puede valorar oponiéndolo a la arquitectura. Recientemente, Salvador [Pérez Arroyo] me decía que mi arquitectura era gótica! Y creo que se refería a que mientras sigue imperando un cierto racionalismo minimalista, que en ocasiones puede resultar frío, existen otros acercamientos más interesados en la precisión y adaptación de la estructura, y un mayor cuidado hacia las cualidades del cerramiento, la piel. Este es un acercamiento más inquieto



Hace treinta años pensábamos la conectividad en términos maquínicos, pero ahora se refiere más a la información.



seguramente. Son diferentes actitudes, equiparables quizá a las que se pueden adoptar frente a la movilidad. Por ejemplo, en Madrid se observa que la arquitectura nace como solidificación, en medio del horizonte, volúmenes exentos muy sólidos y cerrados en sí mismos. Me parece una actitud bastante significativa. Edificios sólidos en un terreno sólido, con mobiliario sólido, para una gente sólida, con un temperamento sólido y quizá un modo de pensar sólido. La inquietud a la que me refiero tiene más que ver con esa predisposición personal a cambiar de residencia o de ocupación en cualquier momento, como sucede ya en el mundo laboral, donde es frecuente hoy que tu formación no se corresponda, salvo apenas tangencialmente, con el trabajo que luego vas a desempeñar. El que estudia arquitectura acaba escribiendo, el que estudia literatura acaba diseñando, el que estudia arte acaba organizando aparcamientos, etc. El carácter inglés está tradicionalmente predispuesto a este desarraigo, a viajar en busca de trabajo. Se dice que allí donde vayas encontrarás ingleses. Y esta arquitectura de la movilidad podría ser aquella en la que el espacio es dinámico o expansible. El nomadismo, y el dinamismo que sugiere, seguramente empezaron a ser comprendidos a partir de las estructuras de Buckminster Fuller y este carácter de desarraigo. Los ingleses, por ejemplo, nos hemos acostumbrado a la situación de emigrar, quizá por vivir en una isla y ser un pueblo marino, y en poco tiempo nos movimos a Polonia, Holanda, Irlanda, América, Noruega, Suecia... sitios donde se puede observar que la arquitectura está dotada de ese aspecto efímero, desarraigado... arquitectura que aprovecha las ideas del barco, del avión... con todo lo que esto conlleva.

P El siguiente término sería disolución. Disolución de la arquitectura con el medio, de la arquitectura misma, de las pieles, de la vegetación...

PC La disolución en arquitectura tiene que ver con ese potencial de la materia que la hace capaz de transformarse de un estado a otro. Esto es algo que me fascina, y la expresión de todos los estados intermedios es un reto técnico que no es sencillo alcanzar. Por ejemplo, me interesa entender una ventana como el lugar en que decidimos el contraste entre lleno y vacío, pero me interesa aún más la posibilidad actual de no elegir sólo entre estas dos posibilidades, sino también de poder conseguir todos los grados intermedios, del sólido al transparente pasando por la translucidez. Y esto es muy interesante, que hoy día, cualquier parte de la piel puede tener cualquier grado de transparencia o solidez. Porque lo más interesante son todos esos grados de transición. Vosotros, por ejemplo, tenéis barba y es difícil averiguar dónde la piel deja de ser piel de bebé y dónde empiezan los límites de la barba... Esos límites transitorios, que tienen mucho que ver con la movilidad, son interesantes. Es curioso observar cómo en el gótico hay un buen entendimiento de esto. De las vidrieras hasta los nervios hay toda una transición, y no deja de ser piedra, pero es fascinante cómo se funde con el vidrio.

P Esto nos lleva a otra cuestión, que sería la inmaterialidad, en el sentido de que en su obra busca en ocasiones definir espacios más a través de sensaciones y cualidades hápticas que por la presencia física de su corporeidad.

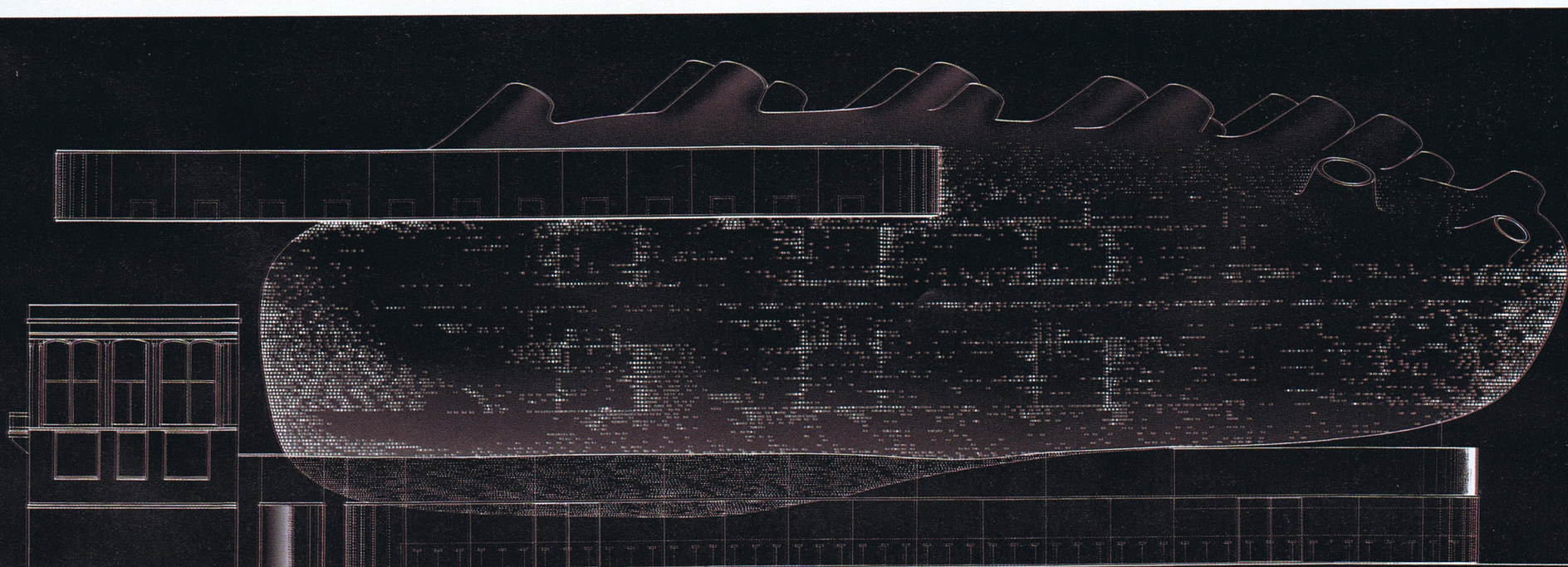
PC Pero lo que me interesa es el modo de conseguirlo en la realidad. Me parece un aspecto

gratificante de la labor del arquitecto. Por ejemplo, hice una cubierta de vidrio para la cafetería de la Escuela de Arquitectura de Frankfurt. A primera vista, tiene una apariencia bastante convencional, sería, clásica incluso. Es aparentemente sencillo, y al final todo el encanto está resuelto con el detalle del movimiento de la cubierta, que se abre y se cierra, permitiendo que la cafetería esté al aire libre cuando hace buen tiempo. Puede parecer artificioso, pero no lo es. De hecho me consta que este mecanismo se utiliza constantemente y con buenos resultados. Me gusta el resultado, me gusta que intenciones tan complejas como las que nos impulsaron en aquel proyecto se puedan resolver con sencillez. Y es algo que los ingenieros resolvieron con un mecanismo muy convencional, pero me interesa cómo con estos elementos materiales podemos intervenir en cualidades abstractas como el dinamismo, o cambiar las condiciones de ventilación del ambiente. Cómo los materiales pueden hacer lo inmaterial. Y esto es algo que lleva funcionando durante toda la historia de la arquitectura, como por ejemplo con el manejo intencionado del agua. Ahora tenemos aún más posibilidades tecnológicas, más materiales.

En el extremo de esta tecnología podríamos comentar también las posibilidades de la realidad virtual. En la Bartlett tenemos una cabina de simulación virtual, un aparato realmente sofisticado. Es un espacio muy reducido, con un ordenador muy potente y caro, en el que uno se mete con un casco y unos guantes a experimentar entornos virtuales. Yo lo he utilizado para desplazarme por el interior del edificio que estamos proyectando ahora, lo suficiente para decir que me resulta muy estimulante. Además, hay un proyecto de uno de los alumnos que me tiene muy interesado, se trata de investigar la combinación de entornos virtuales y reales, muy interesante. Es una investigación en la línea de lo que estamos hablando, lo material y lo inmaterial, un desarrollo en otro medio de algo que siempre me ha fascinado y que es esa imagen de los jardines ingleses, nebulosos y románticos. Me gusta la relación que en esos jardines se establece entre lo próximo y lo lejano, el misterio de lo que se intuye más allá de la niebla, entre lo que reconocemos y lo que adivinamos. Hay muchos filtros, muchas profundidades posibles de enfoque en esas situaciones. Creo que en la arquitectura, y en el urbanismo, hay que disfrutar de esas posibles ambigüedades entre el objeto y lo que está más allá de él, y todos los enfoques intermedios.

P Sin embargo estas ambigüedades son difíciles de conseguir en la realidad.

PC Es cierto, pero tenemos por ejemplo el caso de lugares como los aeropuertos, sobre todo los más grandes y con mayor actividad. Están siempre creciendo, siempre cambiando. Me refiero sobre todo a los de Heathrow y Frankfurt, que son los que conozco mejor. Me tienen asombrado por la experiencia de continua reforma y ampliación en que se encuentran, siempre en obras, y siempre lo estarán. Nunca serán arquitectura, pero a nadie le importa. En Heathrow, por ejemplo, de repente te fijas, y te das cuenta de que han cambiado el recorrido que solías hacer, y te hacen subir y bajar, y volver a subir, haciendo recorridos increíbles, siempre con señalizaciones desviándote de un lado a otro,... ya no es un edificio, es otra cosa, que crece y se transforma constantemente a intervalos irregulares. Si lo pensáramos desde fuera, podría parecer inhabitable, pero todos lo usamos como si nada, y al final cumple su función. Es un curioso ejemplo de arquitectura. De mezcla,



Me interesan los grados intermedios de la solidez a la transparencia, los grados de translucencia, cómo los materiales pueden hacer lo inmaterial.



de urgencia, de confusión. Te vas de viaje y al volver el mismo día todo ha cambiado de sitio, y aún así funciona. Se trata de la ambigüedad de los límites, como también sucede con fragmentos de ciudad, con los bordes de las ciudades. Fijar los bordes es una tarea difícil, cuando no estéril, porque el tiempo y el uso los pervierten. Como en estos aeropuertos en constante cambio y mezcla de usos, donde todo sigue funcionando, porque no queda más remedio, gracias a la señalización y las vallas.

P También hemos observado un interés creciente en su trabajo por la vegetación.

PC Sí, es cierto. Me interesa mucho la vegetación. Como material vivo sobre el que trabajar, constituyendo superficies. En mis viajes he ido descubriendo nuevos puntos de interés sobre esto. Desde mi primer viaje a Japón, en el 79, donde me asombró ese respeto oriental a la naturaleza, pasando por mi larga estancia en Los Ángeles, donde la naturaleza parece estar en estado salvaje, pero realmente está muy cuidada, es completamente artificial, pero sin darle una mayor trascendencia. Y comparar estas actitudes con las del jardín inglés, o el alemán es revelador. En nuestras viviendas de Berlín tratamos de desarrollar los jardines de invierno, utilizándolos como filtro, como una membrana tamizadora entre las vistas del Tiergarten y el ámbito más íntimo de la casa. También me interesa la vegetación por su habilidad para imponerse sobre la arquitectura, transformándola y dotándola de memoria. Mis alumnos de la Bartlett se extrañaron al verme fotografiar el edificio de la Universidad de East Anglia. No podían entender que me interesase algo tan racionalista, pero por lo que en aquel momento me interesó fue porque yo no había vuelto a ese edificio desde hacía ocho años, y me impresionó mucho comprobar cómo la vegetación, trepando por sus muros o colgando de ellos, se había apoderado de la arquitectura. En Japón descubrí esta oposición entre arquitectura y vegetación, o el poder del crecimiento vegetal para constituir superficies. Lo realmente interesante de la vegetación es que escapa a una manipulación objetual, es algo más complejo debido a su proceso de crecimiento.

P Queríamos que nos hablara también de su museo para Graz, que se encuentra en fase de desarrollo y se comenzará a construir pronto.

PC La idea del museo es la de ampliar los edificios existentes mediante una pieza con carácter gelatinoso, una estructura de sándwich, de forjados superpuestos. La cuestión es cómo envolver ese sándwich. Porque no queremos renunciar a todas esas cualidades de las que acabamos de hablar, de la transparencia, la translucidez, etc. Por eso al final surge la figura del gel, que ahora estamos desarrollando con los ingenieros. De momento parece que vamos a resolver la envolvente y todos sus matices con malla metálica. La malla nos permite jugar, mediante el solapamiento de diferentes planchas y la mayor o menor densidad de perforaciones, a crear todos esos matices que buscamos, y además resuelve lim-

piamente el problema de la tersura de la piel exterior, puesto que el mantenimiento es un factor importante.

P En su trabajo se podrían entrever gestos de su actividad docente, investigadora y experimental... ¿dónde empieza una y acaba otra?

PC Es verdad que toda esta actividad me interesa muchísimo, y no puedo desligarme de ella. Pero debo reconocer que yo no soy un investigador en el sentido estricto de la palabra, y nunca lo seré. Mi carácter inquieto hace que sea imposible para mí estar intensivamente dedicado a investigar seriamente y con profundidad cualquier tema. No soy capaz de encerrarme en la biblioteca a estudiar millones de documentos, o a rastrear archivos en los ordenadores... No soy así porque tengo que estar siempre viajando de un sitio a otro, y además, no sé si por ser inglés, me sucede que en cuanto descubro algo nuevo, me pongo a investigar sobre ello; pero cuando ya lo controlo, desde ese preciso instante deja de interesarme y debo buscar algo diferente. En cualquier caso, si de alguna manera se puede considerar que investigo o experimento, sería reconociendo que me gusta rodearme de gente interesante, y esto es algo enormemente enriquecedor. El contacto con mis alumnos en la Bartlett, o con el equipo de profesores que estamos allí es una fuente constante de estímulos. Siempre lo he dicho, más importante que lo que hagas o cómo lo hagas, es el hecho de quién te rodea. Por ejemplo, un tema interesante sobre el que investigar sería el de la realidad virtual que hemos comentado. Pues bien, yo, en total, no debo haber pasado en la cabina virtual de la Bartlett más de seis horas, pero los alumnos que investigan las posibilidades de este instrumento pasan horas y horas allí. Es algo que pasa frecuentemente con los proyectos, suelen abrir vías de investigación insólitas y al final uno se ve obligado a contactar con especialistas en las materias más diversas para encontrar la aplicación que se pretende de tecnologías que existen, pero no están aún asumidas por la arquitectura.

P Para terminar, ¿cómo ha evolucionado a lo largo de su carrera su actitud ante el ejercicio de la profesión?

PC Creo que ha sido siempre la misma. Yo diría que he tratado de hacer de la arquitectura una diversión seria. ¡Es la única manera! Hay que disfrutar con ella, cualquier otro enfoque sería un error tremendo. Porque si lo que alguien quiere es ganar dinero, lo mejor que podría hacer sería dedicarse a otra cosa, hacerse ejecutivo o algo así. Lo único que podemos hacer con la arquitectura es disfrutar haciéndola.

Alfonso García del Rey
Miguel Barahona



Las imágenes que ilustran la entrevista corresponden al Museo de Arte Moderno de Graz, de Peter Cook y Colin Fournier.

